

y del sitio y por el asunto mismo en que se ocupaban, Rafael y Chinto permanecieron sin chistar, mientras el carruaje, luego de pasada la boca de la cueva, rodó un trecho más, hasta detenerse en la espaciosa plazoleta que ostenta en su centro al sabino más corpulento del Bosque y que se encuentra en las cercanías del antiguo y desecado lago.

—¿Te parece que nos bajemos del coche á seguir nuestra plática?— insinuó Rafael.

—Ya es muy tarde y estamos lejos del centro, acuérdate.

—Bah! con el resuello de mis caballos, regresaremos en diez minutos. No me desampares, Chinto, y te invito á cenar en el Club, para que pagues tu deuda, ¿quieres?

Apeáronse, tomó el lacayo órdenes y riendas, y se marchó con el carruaje. A tiempo que la noche cerraba, los dos amigos quedáronse completamente solos.

—Si vieras—murmuró Rafael—lo que me agrada un lugar así!.... Se me figura que mi amor aumenta pero que mi delito se empequeñece y trueca en culto ideal por sor

Noeline, con el que á nadie ofendo y que á mí me alivia.... En la hacienda, muchas noches me salía yo al campo, y me perdía entre los sembrados escondiendo mi cariño sacrílego, á modo de fiera herida que busca un rincón ignorado donde quejarse y morir sin que la miren.

—Sabes que te noto ataeado de seria enfermedad? No te ví jamás tan romántico, —repúsole Chinto, interesado en el mal de su amigo,—sobreponete ¡qué caramba! y cerciérate antes de si ella comparte tu sentimiento; que si no, pierdes tu tiempo, tu calma y te tiras el gran ridículo. ¿Sor Noeline te quiere?....

—¡Si me quisiera—prorrumpió Rafael febricitante—si me quisiera, ya ni ella ni yo estaríamos aquí! Me la habría llevado qué sé yo dónde, lo mismo á París que á la mitad del Océano, lo mismo á un desierto que á la iglesia de San Pedro de Roma.... y á las gentes que se horrorizaran de nuestro amor, al Papa que nos excomulgara, á todo el mundo lo confundiría yo mostrándoselas, anegándome en sus caricias, en sus

miradas, en sus besos, y preguntándoles si una mujer como ella no vale tanto como el alma de cualquier hombre, del más justo, del más santo, del más inocente....

—Pero entonces, loco y tres veces loco, ¿de qué te apuras? Aclara primero si también ella prefiere á su existencia monacal perderse contigo; á las purezas del claustro y á la vida mística y contemplativa que lleva, la vida de pasión que tú le darías.... Ofrécele esa vida, con sus estremecimientos, sus vértigos, sus deleites y sus dolores; ofrécele su metamorfosis, que cese de ser monja para convertirse en mujer.... y si acepta, si la vida verdadera, la vida del mundo, la que grita, lastima y acaricia, la seduce más que la artificiosa que guarda en su convento, y tú, tú con tus defectos, vicios y virtudes, con los brazos abiertos y el corazón palpitante la atraes más que los santos de palo y las imágenes en litografía, que á cambio de lo mucho que le exigen le dan éxtasis solitarios y promesas impresas en tríduos y novenas, entonces róbatela, desnúdala y adórala; condénense juntos, y

á fin de desquitar de antemano los castigos eternos, á fin de procurarse la celeste visión de la gloria que ya no verán nunca, idolátrese, que la única gloria en la tierra es la mujer amada, su cuerpo, su perfume, sus labios y su aliento.... ahógate con ella y bajen, ó suban, á la eternidad, con sus cadáveres abrazados para que ni la tumba al podrirlos ni los gusanos al devorarlos los puedan separar... que se confundan sus materias en un solo montón de inmundicias y que las flores que de él nazcan, derramen un perfume mixto y exquisito: el de los últimos besos de ella y el de los últimos suspiros tuyos!....

Sin advertirlo, Chinto á su vez era víctima de la atracción del abismo; el pecado de amar á una monja, lo contaminaba con sus malsanos refinamientos y de ahí su disolvente discurso, sus delirios eróticos que cayeron en Rafael cual lluvia benéfica.

—Sí, Chinto, sí, eso tendré que hacer, lo que dices y yo he pensado desde que la conocí, lo que pienso ahora. Mas si no me quisiera, si conforme con su suerte y con

su existencia me rechaza, ¿qué le hago á ella y qué me hago á mí?

—Lo que tú y todos hacemos en circunstancias análogas; lo que hiciste al romper con Amparo.

—Chinto, ¡por caridad! no compares á una con otra, no blasfemes.

—¿Y por qué no he de compararlas, si ante el amor todas las mujeres son iguales?...

—Mentira, Chinto, te juro que eso es mentira y que no hay mujer igual á sor Noeline, ¿qué ha de haber!

—Y yo te repito mi dicho; sino que las mujeres antes de ser nuestras parecennos distintas, mejor siempre la postrera. Después.... después nos convencemos de que son iguales, con idénticas propiedades y recursos idénticos, que todas saben á lo mismo. En estos momentos, no estás tú para atender razones; de consiguiente, te concedo que sor Noeline tenga para tí especial sabor.

—Así es, Chinto, digo, así sería si ella accediera, pero ¿cómo hago yo para que acceda? Discurre algo tú que te hallas

sereno, y que lo que discurras me permita amarla, ser amado y no perdernos. ¿No podría alcanzarse una dispensa á sus votos, —aunque me costara mucho dinero,— y casarnos luego, como dos humildes que se quieren?

—No desbarres, Rafael. Bueno es enamorarse mas no perder la chaveta; ¿cómo has de casarte ó de comprometerte con una religiosa mientras está en un convento, así sus votos sean tan quebradizos como el vidrio?... No barbarices, hijo... En ese caso tendrías que aguardar, yo no sé á ciencia exacta, cinco, diez años, sabe Dios!

Con mentar á Dios, entrambos se miraron y enmudecieron, más Rafael, en quien el combate entre sus creencias y su pasión era perenne, amargándole aquéllas los placeres mucho antes de realizados, anticipándose los ésta mentalmente y adornándose los por maravillosa manera, con atenuantes y excusas para el posible evento de que alguna vez los ejecutara. De súbito, interrogó á Chinto:

—¿Piensas que mi pecado sea pecado mortal? ¿piensas que no habrá sacerdote que de él pueda absolverme?.... dime lo que pienses.

—Caracoles!.... Yo ignoro los cánones y no me es dable contestarte más que arreglándome á mi criterio, el que, te comunico de paso, no anda muy cerca del de un sacerdote, así fuese de los que el vulgo llama de "manga ancha". ¿De qué te serviría, pues, mi respuesta?.... Quizá hasta te perjudique, porque de repente se me va la lengua y suelto unas cosas iguales á las que te solté un rato há y que tú prometiste acatar cual lección de catecismo.... Y es que yo te sugestiono, te he sugestionado siempre.... —añadió pensativo,— soy una entidad moral y física superior á la tuya.

—¿Y á mí qué me importa que me sugestionen ó no, Chinto de los diablos? Lo que te pido es una respuesta que me sirva.

—Ahí tienes la sugestión vivita y coleando. Una vez comprobada, se me resiste, sí, se

me resiste aconsejarte alguna temeridad, muy propia de mis luces..... apagadas. Además, ¿qué he de decirte que no te haya dicho ya?.... Lo que te garantizo, en serio, es que dada tu religión no caben dentro de ella términos medios: ó prescindes de tus creencias ó prescindes de sor Noeline, escoge! Por supuesto,— agregó al observar el desconuelo de Rafael,— mi solución no significa ni con mucho, que no tropieces con algún padre que te absuelva después de cometido tu sacrilegio; que á lo que entiendo, son poquísimos los pecados que no deben absolverse. ¿No absuelven bajo condición,—fíjate en mis conocimientos,— á los que sin confesión se hallan en artículo de muerte? ¿cómo no absolverían al que va y confiesa á raíz de pecar?.... Aunque mira, Rafael, yo tengo para mí que ciertos pecados, ni todas las absoluciones de un cónclave pueden borrarlos de nuestra conciencia.... por eso dejé de confesarme, porque suponiendo que me perdonaran en cien confesonarios el infame abandono de la madre de mi hija, de la

pobre "Virgen de la Paloma", yo no me lo he perdonado ni me lo perdonaré nunca... y si cuando me muera abren mi cuerpo y es posible descubrir materialmente un remordimiento, en el mío encontrarán ése, clavado para siempre. Como mi pecado hay muchos, y el tuyo no me parece de los más graves á mi modo de discurrir; pero yo no soy secretario particular del Padre Eterno ni mis ideas son inspiradas por el Espíritu Santo, soy un individuo como todos, con más defectos que cualidades, lleno de pasiones que conforme me acomoda, no sé, no puedo ó no quiero vencer; mi libre arbitrio es un arbitrio libertino y en definitiva no tengo, para la hora de la liquidación final, sino un argumento poderosísimo: no haber solicitado mi vida, que me encajaron sin previa consulta y que una vez con ella á las espaldas resultó más fuerte que yo, por lo cual, si en diversas ocasiones me he apartado inconsciente y conscientemente del camino del bien, mis dolores y mis lágrimas me cuesta; combatí sin armas y me hirieron, me derrotaron, y herido-y

derrotado me presentaré á donde me conduzca la muerte, que tampoco solicito.... Sin duda, declararás que predico una irresponsabilidad inmoral y demoleadora, ¿verdad?.... por eso con nadie hablo de lo que llevo dentro, de lo que creo, espero y temo. Si tú no opinas de la propia manera, ya estás advertido de que te pierdes, de que intentas un crimen en contra de tu religión y de que debes renunciar á tu monja, así el renunciamiento te torture. Si conmigo opinas, persiste en la lucha que libras, trata de dominar el impulso, mas si el impulso te domina á tí, ¿qué remedio?.... Cuando un buque hace agua, los pasajeros y tripulantes se esfuerzan por atajarla, acometen prodigios, pero si el agujero es muy grande el agua se ríe de ellos, entra y entra hasta que se traga al barco, que no tuvo la culpa de que lo lanzasen al mar ni de que lo obligaran á suponerse dotado con mayores resistencias de las que en realidad poseía. ¿Me explico Rafaelín?..... Aquí entra lo gordo, escúchame con tus cinco sentidos. Nosotros, comparativamente,

somos menos que un buque; somos una canoa chiquitita, microscópica, compelida á navegar en un mar más grande que todos los mares juntos, á bregar contra vientos más terribles que los más terribles huracanes y contra corrientes más traicioneras que las que hoy se conocen. ¿Entiendes mi símil?... Si arribamos á puerto, es por milagro positivo; lo común y frecuente es que perezcamos en la forzada travesía, roto el timón de la fe y rotos los remos de la esperanza. No bogamos sino unos cuantos nudos, los que median entre el muelle de la niñez y el primer escollo de la juventud; luego, con nuestra canoa lastimada ya, continuamos dando tumbos en las airadas olas de la superficie y hundiéndonos fatalmente en los bajofondos de nuestra humana vida! ¿Que nos estrellamos al fin?... paciencia, antes se estrellaron muchos y después se estrellarán no menos..... De consiguiente Rafael, si la dureza de la roca que te amenaza nada vale junto á las delicias con que ha de obsequiarte tu religiosa, cierra los ojos y estréllate...

Aquí lo dejamos, porque á puros símiles voy á concluir con el poquísimos talento que me resta. ¿Nos volvemos? Son casi las ocho.

Rafael callaba, abstraído quién sabe desde cuándo; apoyado en el grueso tronco del sabino, veía sin ver al suelo humedecido, latíanle las sienes y latía el corazón. En su cerebro, tan poco acostumbrado á la gimnástica del raciocinio, se despedazaban con reconcentrada saña sus creencias de niño y de rico ocioso, semi fosilizadas ya, contra unas hercúleas y nuevas que sin piedad, cual verdaderos y primitivos iconoclastas, correteaban á aquellas, expulsándolas por inoportunas, inválidas y viejas; creencias que jamás se le anunciaron, pero que, seguramente, crecieron y se desarrollaron dentro de él, sin que lo advirtiese; impías, que se tiraban al dogma y á todo lo sagrado, por más que él hubiera querido impedirlo. Escapadas, golpeándole el cráneo en su idioma de latidos, le aseguraban que muchas cosas que por santas pasan, sólo son invento de hombres y de hombres

tan imperfectos como era él. “No creas en esto, ni en aquello,”—repetíanle. Y Rafael sentíase á orillas de un abismo, que á un mismo tiempo lo espantaba y llamaba. Como de súbito déjase de oír, más que las palabras de Chinto, el murmullo de su voz, con esfuerzo extraordinario volvió de esa especie de letargo y saturado aún de las heréticas negaciones internas, dijo por lo alto cual si consigo hablara:

—Decididamente, es una injusticia prohibirle el amor á nadie. Dios no lo prohíbe porque Él lo instituyó. . . . ¡Todo ama en el mundo!

—Es cierto,—le contestó Chinto buscando su mirada en las sombras,—en el mundo todo ama y todo muere!

—¡Morir después de amar! ¡Qué mejor premio?

—Que te sublimizas, Rafael, y te me vas á largar por los aires. Por de pronto, retreta, que estos ciudadanos ahuehetes han de apetecer recogerse y estamos desvelándonos. Tiburcio (*al cochero que cabeceaba en el pescante del faetón á corta distancia*

de los señores,) enciende los faroles y acércate! ¡Y,—preguntó á Rafael dándole el brazo,—qué has resuelto en fin de cuentas? Porque hasta este instante, convéncete, nada más hemos divagado, ¿prescindes?

—Si ella me desahucia; si no, decidido estoy á llevar á cabo la mayor atrocidad.

Con intempestivo latigazo obligó á los caballos á salir disparados, y en unos minutos internáronse por la enorme calzada desierta; apenas de trecho en trecho, una pareja de la gendarmería montada departía entre sí, al perezoso tronco de sus adormecidos y pacíficos corceles. Las luces eléctricas, oscilando con gruñidos de incendio en sus bombas de cristal apagado, recortaban en las aceras las sombras de los árboles sin hojas; sombra inquieta, que pretendía huír ó esconderse, semejando criminal que se resiste á que lo fotografíen en su prisión; sombra dibujada por el antojadizo movimiento de las ramas desnudas que sacudía el viento otoñal y frío de una noche de noviembre.

Sin detenerse, como una exhalación, cru-

zaron el Paseo; contemplados por las estatuas y por los camareros que ponían tablas á las ventanas del "Café Colón," y que habituados á extravagancias y ruidos, les hicieron igual caso que las estatuas.

Sor Noeline, en tanto, allá en su Convento, sin nadie á quien confesar sus cuitas, moría moralmente. Desde la víspera, antes y después de rechazar á la Nona, su mal se agravaba. ¡Qué noche Dios mío, qué noche la que pasó! Todo dormía, las niñas, el claustro, los jardines, el tranquilo barrio, la gran ciudad, el mundo entero; todos menos ella, con los ojos fijos en su pureza amenazada y fijos también en los parpadeos de la veladora, que achicaba y agrandaba la estancia, dando de lleno en el barniz del marco del Sagrado Corazón.... Diríase que el dormitorio, orgulloso de alojar á tanta criatura, respiraba á su vez tranquilo, acompasado, despacio, al unísono con las respiraciones de las chiquillas. De tiempo en tiempo, se oía un suspiro, una palabra incomprensible que salía de alguna

de las camas, sin que pudiera precisarse cuál, en la media luz que castamente se posaba en los lechos y rostros infantiles, cual efluvio protector y etéreo de un inmenso ángel de la guarda que plegara sus blanquísimas alas y se pusiera á velar los sueños, á ahuyentar pesadillas, á evocar mamás, risas, juguetes. Como la infancia sólo inspira ideas buenas, como en el dormitorio flotaba una atmósfera de quietud de Cielo, ni quién advirtiese las repentinas desnudeces de aquellas mujeres futuras, que en su sueño, mostraban pedazos de espalda, brazos doblados ó piernas estiradas.

De fijo que sor Noeline tenía calentura, sentíase arder; y segura de que sólo ella se veía, (y no había de verse), en camisa de dormir abandonó su cama para llegarse á las de las alumnas destapadas y cubrir á éstas con delicadezas y mimos maternos. El frío de las baldosas calmó algo su fiebre, mas no calmó ni pizca el torbellino de su cerebro, á que sus propios pensamientos la empujaban. Regresó á su cama pero no se acostó; sentóse en uno de los bordes, de

frente á la veladora y á la imagen, y con sus pies descalzos, inadvertidamente, púsose á golpear el piso. Prefirió á cerrar sus ojos el quedarse así; que en cuanto los cerraba, reaparecía Rafael arrebatándole todo sin pedirle nada. Semejante á esos diminutos animales ponzoñosos que traidoramente se nos suben á las ropas y en los pliegues más complicados de ellas se esconden y acomodan, inmovilizándose al verse descubiertos pero pronto á matarnos con su envenenada picadura al menor descuido nuestro, así Rafael manteníase escondido dentro del pecho de sor Noeline, —¿dentro del pecho?..... sí, sí, por ahí,— en criminal espera, fraguando una maquinación diabólica en contra de ella á la que acababa de conocer, á la que nada podía reprocharle, al contrario, á la que debía agradecer el cariño prodigado á su hija, esa Nona que ahora le era odiosa porque la acercaba á él. Pero ¡Virgen Santa! ¿qué hacía aquél hombre dentro de ella? ¿qué le quería?..... Al llegar aquí, su admirable instinto de mujer recorrió con mano vigorosa el

misterioso velo, mostrándole, aunque con muchos miramientos á su pudor,— que no eran sino ignorancias de doncella,— el soberano cuadro que le encendía la sangre, le aceleraba el pulso y le acarreaaba vértigos: algo confuso y grande, algo mágico; panorámica vista de ternezas infinitas y dichas inacabables, con sabor especialísimo nunca gustado por ella; aliento tibio que le perturbaba el sentido, que la desmayaba en fuerzas, voluntad y propósitos, por lo que sor Noeline se asía á los hierros de su catre á fin de no caer en aquella sima candente. Secretas voces asegurábanle que las hembras, como ella, nacen para todo eso, y que las religiosas, como ella también, de todo eso se apartan por propia voluntad y sin conocerlo mueren; sin conocer otras muchas cosas más dulces, más nobles, más puras: los hijos, sí, los hijos ¿de qué se alarmaba? ¿acaso no sabía, aunque ignorara el cómo, que los hijos salen de ellas, de las mujeres, quienes después de parirlos no se cambian por nada ni por nadie?..... Sor Noeline se tapó los oídos, como si tales voces flota-

ran en la estancia inmaculada que dormía plácidamente y no en las entrañas de ella, que velaba calenturienta y sin consuelo. Allí mismo arrodillóse junto á la cama; hincó los codos en el colchón, cubrióse la cara con las manos, y no bastándole la plegaria mental, más bien para cobrar bríos al escucharse, dióse á murmurar en recia voz, dirigiéndose á su invisible enemigo:

—Pues no quiero, no quiero, no quiero!... Estoy contenta como estoy.... estoy muy contenta.... muy contenta....

Y al decir esto, echóse á llorar; festejaba con lágrimas el contento confesado con tanta energía.

Cuando de nuevo alzó la cara, advirtió que la lamparilla se extinguía; y antojándosele de súbito que la flama de la veladora representaba su existencia monástica y que si esa débil flama se extinguía antes de que amaneciese, ella, sor Noeline, era perdida, apresuróse á alimentarla. Pero ¿con qué? ¿de dónde coger ni una gota de aceite? ¿de dónde, Virgen Madre?.... Si con sangre

ardiera, sacaría la suya, una poca, la indispensable para hacerla durar.... Y siempre á medio vestir, buscaba algo que supliese al aceite, en las camas de las niñas, en sus mesas de noche, en sus lavabos, hasta que por poco da un grito: en el de uno de las alumnas juiciosas había tropezado con un escondido cabo de vela esteárica que llevó en el acto al lugar de la veladora, á la que, á pesar de su estatura, no logró alcanzar.... Otro inconveniente insuperable, ¿de dónde sacar una silla ó un banco?

Su alucinación persistía y la lámpara acabábase en efecto, por lo que sor Noeline resolvió subirse en el reclinatorio, que era bien poco lo que le faltaba para alcanzar á la veladora. Sin vacilaciones, retiró de junto al muro el tallado mueble de cedro, lo colocó precisamente debajo de la lámpara, y encaramándose en él, comenzó á derretir la estearina de la vela en la mismísima flama trémula, de puntillas en el cojín, en fatigante postura, muy empinada y en alto uno de los brazos, mientras con la otra mano se apoyaba en el reborde superior del

reclinatorio. La estearina caía gota á gota en el agua de la veladora, formando conchas blanquizas que en su principio rodearon el pábilo del vaso y aún le comunicaron facticia y momentánea vida. Sor Noeline, en sus ansias, no advirtió que sus ropas resbalábasele suavemente, con ténue ruido, para á su vez caer sobre el reclinatorio, que acostumbrado á sólo escuchar rezos no se escandalizó, sin embargo, de servir de pedestal á aquella magnífica escultura humana que se desnudaba sin quererlo y sin saberlo. Caían siempre las gotas de estearina en el fondo del vaso suspendido, ayudando á bien morir á la veladora, y siempre caían sobre el reclinatorio las prendas de vestir de sor Noeline, quien, ignorante y soberbia en el cándido dormitorio que las tinieblas trataban de invadir,—como invadido tenían el espíritu de la monja,—ponía de manifiesto sus encantos ocultos.

Primero asomó el busto, un busto admirable, que á la escasísima é inquieta luz de la lamparilla, adquiría contornos de estatua de museo, desvanecidas transparencias de

alabastro luego, surgió el vientre, y surgieron las caderas y los muslos y las piernas una explosión muda de blancuras y de curvas, una materialización de la omnipotente carne femenina, de la suprema creación, de la obra maestra de la naturaleza que realiza las dos misiones más sublimes: la de Amante y la de Madre!

Sólo un segundo duró el mágico apareamiento, pues la veladora extinguióse de repente, como si no se resolviese á desgarrar el pudor exquisito de la religiosa. Desconsolada de que se apagara lo que le simbolizaba un augurio, también dejó caer sus manos, y al sentir el contacto de su propia carne, al palpar su desnudez, se estremeció lo mismo que si hubiese tocado una víbora ó visto la entrada del averno. Con felina rapidez se agazapó en el reclinatorio y pretendió cubrirse con las ropas. No se conocía desnuda, y ahora, en la ojeada con que recorrió su cuerpo entero, se supo bella, muy bella, demasiado bella quizá para portar esos hábitos que téticamente devoraban su belleza. En la despiadada

crisis teológica que la consumía, se arrepintió,—¡oh, de todo corazón!—se arrepintió de esa belleza que la había hecho y continuaría haciéndola pecar; de esa belleza que la horrorizaba y provocaba nauseas; de esa belleza que obligaba á los hombres, como Rafael, á reparar en ella é ir y destruirle su tranquila y pura existencia conventual, su consagración á Dios, su renunciamento al mundo....

Antes de que aumentase la vaga claridad que por las rendijas de las ventanas se entraba al dormitorio, sor Noeline, á rastras y tan cuidadosamente cubierta y recatada que no se le adivinaba más que el rostro, salió á vestirse en el tránsito, tornando á poco firme, derecha, aprisionada por sus hábitos y decidida á no abandonarlos, á morir en ellos virgen siempre, aunque el demonio y el pecado la persiguieran. Muy contrita, en postrimero arranque de honradez, se arrodilló de nuevo en el reclinatorio, sin siquiera volverlo á su puesto, armada de su grueso libro de devoeiones y consolándose con pensar que

nadie es inocente completo, nadie, nadie....

Por las rendijas, penetraba más claridad; ya podían distinguirse las camas, las durmientes, los objetos todos de la estancia. En el jardín, amanecía; los pájaros cantaban y las flores abrían sus cálices, en el que se celebraban castas nupcias de perfume y rocíos; percibíase rumor de árboles, de aleteos, de brisa.... Penetró más claridad al dormitorio; ya era luz del día; las niñas madrugadoras, medio dormidas, desperezáronse debajo de las sábanas tibias, luego, despegaron los ojos y al encontrarse con sor Noeline que rezaba á la mitad del cuarto, los cerraron otra vez, creyendo sin duda que aun no fuese hora de despertarse, que aun fuese muy temprano y por eso el ángel de su guarda que vela el sueño de las niñas buenas y por ellas reza, todavía no se remontaba al cielo....

Sor Noeline, reconociéndose pecadora, había hallado al fin el anhelado consuelo, la bendita declaración del Espíritu Santo en los Evangelios:

—“*Quoniam nemo mundus a peccato*

*coram te, nec infans cujus est unus diei vita
super terram*"

Y convencida de la alta verdad, contempló á las chiquillas que dormían, las que, más inocentes que ella misma, también pecaban, á su manera, pero pecaban. Decíalo el sacro libro y no podía mentir, no mentía:

—“Nadie hay exento de pecado en Vuestra presencia; ni aún el niño que sólo vivió sobre la tierra el espacio de un día!”

TERCERA PARTE

I

Las últimas páginas de la magna obra de fray Paulino, tocaban á su fin. El autor andaba en los ornatos postrimeros del libro, cuando á los manuscritos amontonados se les quiere quizá más que cuando la imprenta los entrega vestidos ya de viaje, hasta para la posteridad tal vez. El natural temor en todo literato, — y en un místico tan acendrado como el jesuíta, mayor aún, — de que la muerte venga é interrumpa el trabajo, lo deje incompleto, y la incuria de deudos